

EL REFUGIO  
DEL  
TIEMPO

**CAPÍTULO PROMOCIONAL**

PEPE CANTALEJO

## **EL REFUGIO DEL TIEMPO**

Pepe Cantalejo

**ISBN: 978-84-09-26374-5**

Email: [cantalejo@desacertada.com](mailto:cantalejo@desacertada.com)

<https://desacertada.com>

**Revisión, corrección y sinopsis:**

Antonio Luis González Maravert

**Imagen:** Emmanuel Lefebvre

<https://pixabay.com/es/users/gribouille-9006195/>

# CAPÍTULO 1º: ¿DÓNDE ESTOY?

## La llegada

Aquel mediodía, de paseo en el antiguo descapotable blanco, se desvió de la vía. Estaba tan cansada que no notó que se salió de la calzada y casi vuelca. En un tris, por aquello del siempre atento instinto de supervivencia, abandonó la pesada dormidera que soportaba desde la pasada madrugada —no pegó ojo en toda la noche— y giró el volante con tal de esquivar el choque y evitar salirse de la carretera secundaria por la que circulaba. Luego siguió por el camino de tierra, no le quedó más remedio. Y después de varios minutos circulando volvió a estar sometida al cansancio. Cuando, sin darse cuenta, recuperó la perdida realidad, no supo cómo pudo llegar a coger la singular ruta por la que conducía con destino a ningún conocido paraje; ni finca ni cortijo alguno se divisaba, solo arboleda y tierra. Con aquel nuevo desnivel, hasta la vía principal quedó fuera de su vista.

—¡Joder! Ya saldré del camino más adelante. Y si no pues de retorno y a volver al lugar por donde entré, ¡si es que lo recuerdo! ¡Que esa es otra! —Se quejaba mientras observaba por el retrovisor el polvo que dejaba atrás e impedía ver lo recorrido; como si se tratase de pintadas de pizarra blanca que se van borrando con esa densa nube de moléculas.

No era para menos, el polvoriento camino quedaba salpicado por muchos baches y algún que otro saliente. Las maneras de conducir para evitar tales controversias la hicieron mecerse en un vaivén de volantazos; no tuvo más remedio que aminorar la

marcha. Reducir la velocidad le proporcionó manejar la visual, y a pesar de que seguía sin tener norte, se sentía complacida por la circunstancia.

Condujo durante varios minutos más con aquella desgana. La sensación que la asaltó fue la de esfumarse de todo lo que la rodeaba. Ese sobrecogimiento provocó el no querer cambiar de sentido. Miraba atrás a cada minuto, como si quisiera dar media vuelta, pero terminó por no cambiar el sentido que le guiaba por la desconocida ruta, igual que cuando un electrón queda atrapado en un campo electromagnético. Desatendida, y con la firme intención de seguir por donde el camino desconocido le llevase, encendió la radio; la emisora de siempre no se encontraba en el dial. Buscó y rebuscó; solo interferencias y un sinsentido de tardíos ruidos ocupaban el ambiente sonoro que la radio proporcionaba. De pronto encontró una emisora y ahí la dejó, el locutor hablaba:

—Y después de oír el parte meteorológico para el nuevo día que ha de venir seguiremos con más música —saludó al meteorólogo de la desconocida emisora—. Miguel Coleman Campoamor, dínos cómo será el día de mañana.

—Pues como los anteriores de este mes de marzo, seguiremos con pequeñas lloviznas. El chirimiri de esta última semana nos dará una tregua, al menos por unos días.

—¿Chirimiri? ¿En esta seca provincia? —Protestaba mientras miraba al cielo— Ni una sola nube y dice que llevamos con esta lenta llovizna desde hace una semana. Estaría entonces el polvo asentado en la tierra y no levantaría esta polvareda que voy dejando atrás. ¿Pero cuál emisora es esta? O mejor dicho —volvía a quejarse—, ¿desde dónde coño emitirá?

—Y ahora, uno de los éxitos del momento —seguía la locución radiofónica—. Ya van cuatro semanas en lo alto de las listas de ventas: Proyecto Quercus, con su tema “delito”.

La mujer calló, le extrañó aquello, fue la primera vez que escuchaba el nombre de aquel grupo. La música comenzó y tras la primera rueda de acordes, con tónica en La menor séptima, el tempo aceleró y la voz se escuchó:

“Si venías por la izquierda,  
no te adentres por allá,  
esta es la única izquierda,  
donde los duros atajos  
del amanecer se estrechan  
y surge un nuevo delito  
a cada paso que das,  
pero no podrás parar.  
Y, a cada trago  
brotará un nuevo delito.  
Si escupiste a las piedras  
de nuevo te equivocaste  
Férreas se mantienen ellas  
...”

La música era pegadiza, aún así, realizó una nueva búsqueda de emisoras en la vieja radio, y tras llegar al final del dial retrocedió hasta sintonizar aquella misma emisora, la única que el viejo aparato alcanzaba a transmitir.

—¡Qué coño! —Nuevamente se quejó ante otra desconocida propuesta musical que ofrecía la emisora; Ricardo Iorio y su “Allá en Tilcara”<sup>2</sup>— Otro tema que oigo por primera vez. ¿Emisora local? ¿O se trata de un programa de grupos emergentes? —De inmediato la divisó. Allí, a su izquierda, la grandiosa finca.

---

<sup>2</sup> Música [M02]: Allá en Tilcara — Ricardo Iorio.

—¡Joder! Ya era hora de llegar al final del camino —Contempló todo aquel amplio horizonte—. ¡Pedazo de finca! Parece del siglo pasado.

El aspecto de la finca delataba, al menos así lo pretendía, su antigüedad. Un portón enorme de madera de nogal con grandes visillos de cristal rugoso y opaco. La puerta, de dos hojas, superaba la altura de los 250 centímetros, casi cuadrada con sus 220 de anchura. El porche ocupaba toda la ancha fachada de la enorme casa de madera de acacia tallada, pero con poco o ningún relieve. El cerro donde quedaba enclavada se alzaba como una majestuosa meseta sobre la áspera tierra que ahora sí parecía estar húmeda. Al este y al oeste de la vivienda, y cercanas a aquella, varias hileras de enormes y perennes eucaliptos se mostraban firmes, como sembrados adrede para ofrecer sombra en verano y cobijo ante el impasible viento que soplabá en lo alto de aquel cerro. Por demás, la casa quedaba rodeada de tierras de labranza, mas sin sembrar. Detuvo el descapotable y volvió a mirar hacia la finca.

—¡Ostia! Si esto parece sacado de un culebrón mexicano —por más que miraba no llegaba a alcanzar cómo aquello estaba allí; parecía sacado de la nada.

—¿Pero dónde coño estoy? ¿De dónde ha salido esto? ¡Si parece que estemos en Tabernas con su mirada al lejano oeste —una nueva queja cargada de gran incredulidad la hacían creerse que allí se hallaba; en la nada. Pero allí seguía, no podía ignorar la visión—. ¿Estoy soñando? —Miró hacia la casa, hacia el amplio terreno y hacia los árboles por donde vino— ¡Qué coño! ¡Si no se vislumbra el olivar! ¡Voy a tener que dar la vuelta!

Sin embargo, la curiosidad, como una infección, fue mayor que las ganas de emprender cualquier regreso. La impresionante construcción, con los enormes árboles a ambos lados, no dejaba de sorprenderla. Su perplejidad, marcada en su rostro, hacía indicar que se sentía atrapada en algún sueño.

—¡Qué alguien me pellizque, estoy soñando! —Anduvo con dirección a la casona. Parecía sostener la firme intención de entrar.

—Imagínate chica —hablaba consigo misma—. Una casa de aquellas, de alguna de las películas de Clark Gable, en aquella

llanura africana, matando mosquitos a tortazos y con el enorme ventilador girando lentamente, agarrado al techo de madera del salón por el que sale la escalera que conduce al piso superior. Y el hermoso y fuerte galán sonriendo. ¡Ya lo veo! En primer lugar, me mostraría la hacienda; las plantaciones de tabaco, la yeguada con sus caballos y la elección de poder subir a uno de ellos para recorrer la interminable llanura. Y después, me subiría a una de las alcobas —de pronto dejó el monólogo, despertó del sueño aquel del que hablaba, y se giró.

—¡Vaya! Una llanura; grande, amplia, vasta en extensión, vasta en desolación —ni una sola diminuta plantación pudo observar.

Desértico todo, salvo los verdes eucaliptos y un pequeño enjambre de plantas silvestres que, como un reflejo, quedaba cercano al coche. No prestó mayor atención.

—¡No comprendo nada! —Negaba con gestos de decepción— Todo esto se muestra tan inhóspito, aunque el suelo parece estar algo húmedo y puede sentirse ese olor a tierra mojada. ¿Y dice el tipo del parte meteorológico que lleva toda la semana cayendo una fina capa de agua? Está claro que la emisora no habla de esta localidad —de nuevo dirigió su mirada al enorme pórtico.

—¿Y si me vigilan? Será mejor dar un rodeo por las afueras de la casa, alguien habrá —comenzó a rodearla. Anduvo durante unos veinte minutos en torno a aquella mansión de madera—. Nadie fuera. Ninguna señal de aperos —volvió a detenerse—. No creo que todos estén adentro. Aunque todo pudiera ser, pues no hay nada más donde detenerse para prestar atención. Ni un simple huerto para las necesidades personales de alimentación del casero que ocupe y mantenga la finca, solo aquellas floras salvajes.

Casi había dado la vuelta completa. Se encontraba como el reloj cuando la pequeña manecilla es arrastrada hasta la meta de las doce por el minutero, señalando otra vez a las “en punto”. El giro la acercó a la altura del descapotable blanco, hasta que lo vio.

—¡En serio! Esto parece sacado de otra época. ¿Cómo no lo vi nunca antes, y cómo jamás oí hablar de este peculiar lugar? ¡Penrose! —Se acercó al coche, metió la mano en la guantera, sacó su teléfono móvil y activó el GPS.

—¡Nada! ¡Qué no funciona el navegador! —Una nueva queja pronunció a media voz— Sin cobertura o yo qué sé —se aproximó al mojón, número LUXX103-119—. A ver ahora el tiempo que tardaré en regresar al desvío. Y la curiosidad por entrar me sigue llamando —y otra vez cogió su dispositivo, lo reinició y volvió a buscar un plano que le mostrase su localización.

—¡Maldita sea! ¡Cosa más rara!

—¿Se dirige usted a mí? —Alguien le respondió.

La mujer que pilotó hasta allí el viejo descapotable hacía esfuerzos por encontrar al dueño de aquella voz. De pronto lo vio, junto a la linde floral, de rodillas y manipulando las flores de los campestres arbustos frutales; grosellas, arándanos morados, fresas y frambuesas. Allí estaba él.

—¿Qué pintan estas silvestres plantas afrutadas en medio de estos campos?

—Se llama biodiversidad —respondió el jardinero.

Vestía con infrecuente atuendo; parecido al apicultor, pero libre de esa ropa blanca de pana que evita que las abejas le piquen durante la época de castración de la colmena.

Beatriz, la piloto del viejo descapotable, de color blanco roto y desgastado por largos rayos de sol que durante todos los años le radiaron, se quedó sin nada que entonar bajo su perdida mirada. Lo miraba de arriba a abajo; un pantalón de algodón orgánico en color beige, y con unas líneas oscuras que remataban cada uno de los simétricos cuadros que el hilo dibujaba sobre la tela. Una camisa abrochada, también a cuadros, esta vez los ángulos sobre las rectas aparecían dibujados en fino rojo bajo un fondo blanco —mezclado con un 1,5% de ocre— dando a la blusa el aspecto de tono grisáceo vainilla. Sus desnudas manos estaban manchadas de tierra, con arañazos en los nudillos, tanto como lo estaba su cuello. Su aspecto le confería un aire de misterio, tanto como su cabeza que quedaba oculta tras el sombrero de apicultor.

—No, no hablo de las plantas. Hablo de tan original apicultor con esas zapatillas negras que poco o nada combinan con el traje de

jardinero —respondió vencida por el encontronazo. No esperaba a nadie a su alrededor.

—No obstante, usted ha mencionado la flora, y no ha mostrado rareza alguna por la fauna.

—¡Bueno! —Exclamó la mujer de pelo castaño claro y rizado— ¡Dejémoslo así! Ya me voy —dio un salto y pasó por encima de la puerta del auto, se sentó en el asiento, giró la llave hasta la posición de contacto, y cuando se disponía a arrancar el motor la pillaron por sorpresa.

—¿Adónde cree que va tan aprisa? —Guadalupe Cantalejo Caballero le habló mientras saboreaba la última galleta de avena que vino a probar en aquella cálida sobremesa— Si piensa coger un atajo; sé lo que dice el refrán, pero en esta ocasión todavía no sabe qué tal puede ser su dicha.

—¿Cómo dice? —Respondió Beatriz mientras Rocío Delgado Cantalejo, a cuestas con su bebé, le apuntaba con un pequeño revolver de cañón corto y tambor liso, salvo por unas pequeñas muecas—. Es la primera vez que veo esa peculiar pistola. Y también es la primera vez que existe un manifiesto de detención hacia mi persona. Detención que se producirá sin ni siquiera ser advertida por no sé quiénes, y sin haber cometido, en apariencia, delito alguno.

—¡Baje de una vez del auto! —Ordenó Guadalupe Cantalejo. Ambas quedaron eclipsadas, la una de la otra, bajo la inquietud de la nueva aparición del viejo descapotable; el mismo que otras veces hubiere cogido la ramificación de la carretera secundaria. Mientras tanto, Rocío seguía apuntado con la descargada arma—. ¡No tengo ganas de perder todo el día con usted! Jugando a este juego sin sentido.

—¡Tranquila! ¡Usted gana! —Beatriz levantó las manos y quedó medio muda ante la falsa amenaza.

—¿Quién dice que es, y cómo se llama? —Inquirió Guadalupe Cantalejo.

—Mi nombre es Beatriz —soltó la del cabello rizado.

—¿Beatriz? Seguro que hay más de alguna Beatriz por estos y aquellos lares —volvió a inquirir la impetuosa mujer.

—Beatriz Jiménez —replicó desnortada.

—Sigue pareciéndome un nombre, difuso, incompleto —esta vez intervino Tamara Castillo Cantalejo, modista y profetisa de afición.

—¡Vale! ¡De acuerdo! ¡Tú ganas! Mi nombre completo es Beatriz Jiménez Martínez.

—¡Eso ya está mucho mejor! —Lanzó con gran satisfacción la modista.

—¡Por supuesto que sí! —Afirmó Guadalupe Cantalejo, su tía—. ¿Qué has venido a hacer a este plácido lugar?

—Me salí del camino y cogí una ruta alternativa —miraba al cielo a la par que hablaba—. Y aquí me hallo ahora. Pero ya me iba.

—¡No tan rauda! —Se producía una nueva exclamación. Esta vez llevada a cabo por la altísima Rocío, mientras dejaba de apuntar contra Beatriz a la par que se desabrochaba la obertura de la parte superior del vestido fucsia para darle de amamantar a su criatura— ¿Acaso crees que podrás salir de aquí con ese viejo coche?

—¡Es cierto! No podré hacerlo —la situación, a vista de Beatriz, era totalmente disparatada—. Apenas tengo combustible. Dígame, ¿algún surtidor por aquí?

—No respondiste a la pregunta que te hice —soltó de sopetón y con gran impaciencia Guadalupe Cantalejo.

—Sí lo hice, pretendía pasear por la carretera. Cogí mi antiguo descapotable y me puse en marcha. El destino me ha traído hasta aquí —la rotundidad con la que hablaba la del pelo rizado no daba motivos para levantar sospechas ni suspicacias.

—¡Claro! Tu viejo descapotable blanco. ¡Ya! —Protestaba con saña Tamara— ¿Coincidencia, casualidad? ¡Dinos!

—¡No comprendo nada! ¡No sé qué hice de malo! ¿Salirme de la SE-7200? —Atónita seguía la que condujo el descapotable hasta ese punto.

—¡Vale! Has venido hasta aquí sin propósito alguno, seguro que algún interés tendrás. ¿Qué puedes aportarnos?

Tamara preguntó con el beneplácito de su tía mientras intercambiaba sensaciones y miradas con la forastera. Beatriz prestó atención hacia las manos de Tamara; sus uñas eran coloridas y todas diferentes, como pasajes a modo de capítulos de una misma historia.

—Necesitaré más tiempo para poder descifrar tus misterios — se le escapó.

—¿Pretendes decirnos que eres policía? —Dejó caer Guadalupe Cantalejo— ¡O puede que investigadora! —Tamara quiso hablar, mas su tía le hizo gestos para que se quedara en silencio, su sobrina obedeció.

—Pues sí, ¡lo soy! —Dijo con gran vehemencia— Rocío se echó a reír, pero de inmediato, y ante otro nuevo gesto de su tía, también se calló.

—¡Imposible! —Dijo con calma Guadalupe Cantalejo; hablaba por todas— De ser así lo sabría. ¡Sobrinas, registradla! —Beatriz alzó los brazos y con voz pasiva se prestó al cacheo.

—Mi arma reglamentaria está debajo de mi axila derecha y mi placa en el bolsillo derecho del pantalón, en el trasero.

—¡Bonitos senos y qué apretado culo tienes! —Propinó la dulce Tamara, embutida en su rol de modista— Gustarás mucho al barman.

—Y también a la doctora —añadió su prima Rocío. Los gestos y apariencia de Beatriz las llevó a pensar que ya sabía lo de su culo prieto y lo de sus redondos pechos. Y todo esto bajo la mirada de indiferencia del jardinero quien todavía no se había pronunciado. En este instante lo hizo.

—¿Podéis ser cautas? No hay quien se concentre con las flores cuando os enfrascáis en vuestras retahílas.

—Jardinero —se le dirigió Guadalupe Cantalejo—, nadie te ha pedido que presencias la escena. Eres libre de irte cuando gustes o, por el contrario, permanecer callado. Sigue con tus flores y frutas salvajes, con esa bella biodiversidad de insectos, roedores y reptiles. Y deja ya de entrometerte en asuntos ajenos.

—¿Usted gana! ¡Ya me voy! —Pronunció con gran desgana el tipo.

Abrió su petaca metálica, la cual tenía una serigrafía que Beatriz no pudo apreciar con claridad, y dio un trago de Mezcal, después se fue con su triste caminar mientras clavaba su mirada en la bebé; Martina, y en su madre; Rocío. La altísima madre lanzó un gesto de desprecio. Luego, en cuanto el jardinero se giró, su semblante se volvió opaco y triste. Miraba a su bebé a la par que la acariciaba. Toda aquella situación parecía difusa ante las atónitas y redondas córneas de la policía, detective, o lo que quiera que fuese la tal Beatriz. No comprendía bien cuál era el enredo. De modo que no le quedó más que aceptar la partida y seguir el juego a las mujeres.

—¿Puedo, entonces, subirme a mi coche e irme de aquí de una vez por todas? Prometo no volver a molestar en este término.

—Olvidas dos cosas; joven —Guadalupe Cantalejo extendió la mano y Tamara posó sobre aquella la placa de policía de Beatriz. La pistola se la prestó a su prima quien la guardó—. La primera; el auto, como de costumbre estará sin combustible. Por tanto, tardarás en irte. La segunda y más importante; quedas detenida.

La que dijo ser agente de policía poco crédito daba a los enunciados. Pronto, a juzgar por su semblante, un pensamiento le rondó por la mente. Y al ver que sus opresoras lo esperaban lo dijo:

—¿Como de costumbre está sin combustible? ¿Cuándo coño he estado yo por aquí? ¿Y detenida? ¿De qué se me acusa? ¿De tener el depósito en reserva?

—No pronuncies con tanto desprecio, querida —Rocío, con sus 190 centímetros de altura cuando va descalza, se le acercó a la par que apretó los dientes mientras daba dulces palmaditas en la

espalda de su bebé—. En Penrose no toleramos bien la falta de respeto —la intimidación surgió efecto, no era para menos.

—Pido disculpas si he ofendido a alguien —acertó a decir—, aunque sigo sin saber de qué se me acusa.

—Posesión ilícita arma y falsa identidad —dijo con gran dureza Guadalupe Cantalejo—. Aún más falsa que esta placa que llevas — y la arrojó al suelo. Esta vez fue Beatriz quien apretó los dientes, mantuvo ese espléndido tipo que tiene por cuerpo y nuevamente miró a las nubes, como si aquellas pudieran proporcionarle una nueva estrategia. Y de manera equivocada surgió.

—¿Y quién me juzgará?

—¡Querida farsante de nalgas prietas! ¡Aquí mando yo! —dijo con rotunda firmeza Guadalupe Cantalejo— Aquí yo represento a la justicia. ¡Yo soy la justicia!

—¿Y no se me concederá un juicio justo, ni una defensa?

—Por supuesto que sí. Niñas, avisad a la doctora —ojeó a Beatriz con gran descaro—. ¿Policía dices? ¿Con esa ropa de tío? Con lo mona que eres y ese aspecto de hombre. ¡Qué pena!

Beatriz extendió las manos, como si se encontrase bajo una locura transitoria, su mímica decía: “¿Pero qué me estás contando? ¿Acaso voy mal vestida?”.

# Las galletas

Minutos antes de acudir al encuentro, Guadalupe Cantalejo Caballero, una de las pineas<sup>3</sup>, leía la séptima carta que aquel día le fue entregada.

“¿Cómo evoluciona la tragedia?

Querida Lupe, ya desterrada de mí, esta será la última carta que te escribiré, ando un poco harto del juego de tu desprecio al que me has sometido. Ya verás cómo, sin que yo intervenga, y a pesar de que nunca conseguiré ese acercamiento que anhelé mucho tiempo atrás, no podrás olvidarme. Siempre se mantendrán, en tu recuerdo, mis letras. Las de esta carta y las anteriores. Una parte de mí forma parte de ti.

Seguiré marcando las pautas para que no cometas el mismo error; el de olvidarme otra vez. Ahora, con cada nuevo acto, cada vez que te mires al espejo, cada vez que despiertes o que sigas bajo ese envenenado sueño placentero en el que te encuentras, tendrás que recordarme. Y sí, es posible que ahora quieras retomar aquella lejana conversación que pudimos tener. No te esfuerces, todo tiene su momento, y el nuestro ya pasó. Pero eso no significa que yo lo haya olvidado, ni tampoco perdonado.

La semilla del rencor sigue en mí, y sembrándola seguiré en tu camino para que la pises por donde quiera que vayas. Tu sueño no será relajado, ni apaciguado. Sufirás tanto como yo, y eso, a mi nuevo modo de entender

---

<sup>3</sup> Pinea o pineas: Apodo familiar que en el pueblo recibía la familia Cantalejo.

las cosas, es como si estuviésemos enamorados, porque negativo por negativo da como resultado algo positivo. Enamorado; sentimientos de apego y deseos. Realmente su significado no parece dictar mucho de su contrario; el odio (aunque esta palabra siempre puede tener otras acepciones).

Odio es lo que vi en tu mirada; tu ignorancia hacia mis letras, ese defecto de deseo que siempre me ofreciste. Despierta, ahora soy yo quien juega con ese significado. Antes te amaba por que sí, y ahora es por que no. Ahora te amo porque me odias, Y seguirás odiándome porque te quise. Por eso tuve que cambiar de estrategia; el mal engendra al mal, el odio solo engendra odio, y La violencia solo crea más violencia.

Asesinato, mutilación, violencia; todas, en mayor o menor medida, forman parte de un mismo verbo: Daño. El mismo que me has causado con tu desprecio. No olvides que todo surgió de un sentimiento de desapego que tuviste para conmigo, algo que nunca merecí pues solo quise estar a tu lado para ayudarte a enfrentar tus temores. Tal vez fueron aquellos los que te hicieron no aferrarte a la fe que un día depositaste en mí. Ya, visto desde la distancia y bajo la bandera de la sentencia a la que fuiste condenada, nada importa...

Despierta y dime, ¿cómo combatirás todo ese sentimiento que te embriagará por siempre?''.

—¡Tía! —Le habló Tamara— ¿Viste a esa? Está merodeando por la hacienda. ¿No te resulta un tanto extraño?

Terminó por leer la carta y sin más la despreció, tal y como hizo con las seis cartas anteriores. Más tarde la escondería en uno de los cajones de la cocina, donde guardaba sus preciadas galletas.

—¡A ver! —Guadalupe Cantalejo se aproximó a la ventana de la enorme casona y observó los gestos de aquella perdida mujer de pelo rizado— ¿Quién dices? —Miró por otra ventana, la que, desde la habitación de la planta baja de la casa y que justo se postraba a la derecha del enorme pórtico, daba al frente de la desértica llanura y encontró el antiguo descapotable— Esta mujer parece un poco desorientada, aunque pudiera ser que pretendiese robar.

—¿Tú crees, tía?

—¡Claro que no! ¡Viene en el descapotable! Eso sí, parece estar más destartelado que de costumbre —comentaba mientras le daba vuelta a la última de las tres galletas de avena que cada día, y después del almuerzo, saboreaba—. ¡Presto! Avisa a tu prima.

Tamara obedeció y pronto, su prima Rocío, aterrizaba en el piso inferior de aquella casa de madera, dispuesta y preparada para la acción con su nueva arma corta de tambor, bien cargada, y con ganas de disparar a cualquier cosa que se moviera o no, esa cuestión le daba igual; lo suyo era aquello tan antiguo: Castigar. Mientras tanto, Tamara bajaba las escaleras tocando las palmas al ritmo de la canción del mercedes blanco<sup>4</sup> a la par que cantaba la letra.

—¿Dónde vas así, sobrina, con tu bebé a cuestas?

—¡Qué quieres tía! Es hora de mamar, y he de hacerlo, es mi responsabilidad —se defendía mientras enfundaba el arma—. No quiero que el día de mañana mi hija me reproche que la dejé sola y sin respetar la hora de la toma porque el viejo descapotable volvió con una mujer al volante.

—¡Qué bonita, prima! —Exclamó Tamara enfundada en su rol de modista.

—¡A qué sí! —Dejó caer con orgullo Rocío con pose erecta— ¡Mi hija es perfecta!

—Sí, la niña también, pero hablo de tu nueva y flamante pistola.

—¡Sí! También es perfecta —volvió a desenfundarla—. Fue fabricada especialmente para mí. Nada de aleaciones, todo pureza en materiales, y no desafina para nada. Eva Márquez Herzog es simplemente genial.

—La tendrás descargada, ¿cierto? —Preguntó su tía— No será necesario su uso. No en esta ocasión.

---

<sup>4</sup> Música [M03]: En un Mercedes blanco — Kiko Veneno.

—¡Está bien! La descargo ya —dijo con gran pesar mientras bajaba sus hombros a modo de disconformidad a la par que le tocaba el pie a su vástago—. Lo siento, Martina, hija mía —le decía a su bebé mientras extraía las balas del tambor—. En otro momento podrás oír su retroceso y cómo el tambor se gira cada vez que una bala sale a silbar —y volvió a enfundarla.

—¿Quién podrá ser esta vez? —Señalaba con su contrariada mirada Guadalupe Cantalejo.

—¿Esta vez tía? —Preguntó Tamara con voz de incredulidad mientras contaba sobre sus hermosas uñas.

Siempre comenzaba con la mano derecha, desde el meñique al pulgar. La mano en posición pianística y así, con el índice de su izquierda, se tocaba cada una de las falanges de la derecha. Iba bajando el dedo, como si de pisar teclas se tratase. Luego hacía lo mismo con su otra mano, pero en aquello no había dedo con el que se tocase, solo su mirada bastaba. Al instante dejó de tararear el clásico de Kiko Veneno y volvió a preguntar:

—¿A qué te refieres?

—El descapotable está ahí, posado. ¡Otra vez! —Se apresuró a responder su tía que todavía andaba con su galimatías de ingesta y sabor.

—¡Otra vez! —Exclamó Tamara mientras seguía contando— ¿De qué se tratará en esta ocasión? ¿Cuál será el misterio a resolver?

—Habrá que seguir las migajas y buscarle el sentido a algo que no lo tiene. Querida sobrina.

—¿Y por qué siempre llegan en ese mismo descapotable? ¡Eso sí que es de extrañar!

—No tiene por qué ser motivo alguno para suponer una rareza, prima —se interpuso Rocío—. Es como cuando un nuevo ser viene al mundo, siempre llega igual: por el coño de su madre.

—¡Emocionante! —Dejó caer Guadalupe Cantalejo— Es la primera vez que le toca el turno a una mujer. El hecho se merece el saborear una nueva galleta de avena.

—¡Ocho vueltas! —exclamó Tamara.

—Prima, ¿qué dices? —Se sorprendió la castigadora— Veo que te ha afectado esa faldita blanca de vuelo que tienes puesta.

—¡No, para nada! —Se defendía de tal propuesta— Ocho vueltas conté hasta que nuestra tía comentó lo de pretender comerse otra galleta de avena.

Guadalupe Cantalejo pasó por alto el comentario, seguía con el influjo de aquella repentina jugarreta —por primera vez una mujer al volante—. A ambas sobrinas les extrañó que no hubiera ninguna reprimenda por el malsonante “Coño”.

«¡No seas insolente, niña! No hace falta responder con una fea palabra», soltaba la tía cada vez que en su presencia se pronunciaba un vocablo inapropiado. «Aunque no se estuviera mintiendo; un taco es un taco, y puede ser evitado».

—¿Una cuarta galleta, tía? —Preguntó Tamara a fin de romper con aquel recuerdo de reprimenda.

—La ocasión así lo requiere, querida sobrina —y tan pancha se fue hasta el mueble para extraer una nueva y deliciosa galleta de avena de la caja metálica con forma de cilindro y que tenía marcada con tinta imborrable la palabra “Delicias”. Cosa desastrosa para su coqueta sobrina Tamara, quien se hubiera prestado con gran alegría para haber realizado un mejor diseño a la caja, pero Guadalupe Cantalejo siempre fue bien sencilla y práctica.

—¡Está bien! Preparaos para salir —ordenó la jueza—. Y por cierto, hubo quién vino por el río; no todos vienen subidos en esa reliquia de descapotable.

—¡Maldita sea! —Apretó otra vez los dientes Rocío— Recuerda, Martina, hija mía: “Al verdugo ni mirarlo, con eso tiene bastante”.

—¿De qué hablas prima? —La de las uñas pintadas trataba ahora de hilar. Creyó que se había saltado alguna parte de la conversación. No comprendía qué tenía que ver Ríos con un verdugo, no para su prima.

—¿No lo veis allí? El insufrible jardinero.

—Ya sabes que no pretende hacer daño —intentó tranquilizarla su tía—. Solo quiere verla.

—Si no hubiera sido tan desagradable en aquel hermoso día... —con gran pesar resoplaba la chica de la flamante pistola— Pero lo hizo.

—Es algo que tendrás que superar o resolver, sobrina, pero a su debido tiempo —quiso apaciguar su tía—. Centrémonos ahora en resolver la cuestión que nos ocupa. ¿Qué pensáis?

Guadalupe Cantalejo comenzó a saborear la cuarta y última galleta que degustaría en aquella singular tarde. Ambas sobrinas sabían que hasta que no la devorase por completo no saldrían de la amplia vivienda. También conocían, por descontado, que a la jueza aquella cata le llevaría varios minutos. La parsimonia le acompañaba en todo momento, pero en especial a la hora de comer, aunque fuese una simple galleta.

—Lo más correcto sería salir para hablar con ella —se adelantó Tamara—, y así saber a qué vino, a qué se dedica y hasta cuándo se quedará. Aunque lo más probable es que todavía no pueda darnos esas respuestas. Quizás aún no lo sepa nadie, ni siquiera ella.

—No lo sabe nadie —apuntillaba su prima Rocío.

—¿Hablar con ella, decís? —Guadalupe Cantalejo preguntó con gran desprecio— ¿Habéis visto qué atuendo nos trae?

—¡Vaya tipa! —Al unísono cantaron las dos primas— ¿Cómo se le ocurre ir con esos pantalones de hombre?

—Tía, ¿ahora qué susurras? —Preguntó extrañada la gran observadora; Tamara, mientras contemplaba los dibujos de sus uñas.

—Pues lo mismo que tú mientras te miras tus uñas. Sí, también soy buena observadora. ¡Lo sabes!

Efectivamente, la modista siempre estaba pendiente de sus uñas, casi a diario se las pintaba. Aquellas siempre quedaban bajo la sumisa elucubración que le rondaba por la cabeza en cualquier oportuno momento.

Aquella mañana, como si de una sonámbula se tratase, cogió el disolvente y se limpió los restos de pintura del día anterior cuando se dibujó unas flores diferentes en cada una de sus uñas. Las actuales —desde aquel tris, cuando Beatriz llegó en el impactante descapotable— presentaban un pasaje no bíblico, pero sí profético. En su mano izquierda; el pulgar mostraba un capó blanco y alargado, el índice una galleta en forma de ocho, el medio una estrella de cinco puntas, el anular una recta en un mapa, y en el meñique una ciega que porta una balanza. En la mano derecha, y comenzando también por el pulgar; un vestido con una puerta de fondo, una sirena en señal de alarma, un martillo de madera destrozado, un ataúd abierto, y por último, en el otro meñique, un interrogante: La incógnita a resolver.

Así, cuando Beatriz extendió las manos, con su mímica decía: “¿Pero que me estás contando, acaso voy mal vestida?”, y con sus gestos indicaba que no daba crédito a aquellas insinuaciones que lanzaba la mujer de tan alta estatura.

—¿Con esa ropa de tío? ¿Acaso voy mal vestida?

Con la boca abierta y mirándose por delante sus hermosos atributos femeninos que medio ocultos quedaban tras los ajustados pantalones blancos. Desde su cintura hasta sus pies pasaba sus desnudas y cálidas manos sobre la prenda. Buscaba alguna arruga; no la encontró.

—Pues no le veo nada malo a mi estupendísima ropa —luego giraba el cuello y mostraba su sonrisa al ver lo apretado y hermoso que lucía el redondo trasero que escondía bajo la tejana prenda.

—¡Normal! ¿Cómo si no ibas a llegar en el descapotable blanco? —Soltó con desprecio Tamara.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? —la investigadora o policía, tal cuestión quedó en el patidifuso ambiente, eludió el enfrentamiento— ¡No sé por qué os hago caso! Al jardinero no le ha parecido mal mi ropa; no me ha puesto ni un pero.

—¡Y ese qué sabrá! —Rocío puso cara de desagradecida cuando habló del jardinero— Siempre suele confundirse y termina por dejar las flores estropeadas y arrancar las buenas. ¡Pobres abejas!

—Esta situación me parece absurda —suspiró Beatriz—. Pintáis calva la escena, y para nada es así.

—¿Inspectora o detective? —Rompió el hielo la jueza.

—Más bien agente de policía —realmente no quiso hablar de su categoría—. No soy inspectora, y detective es otra cosa, pero creo que eso ya lo sabe usted, doña jueza.

—Una placa falsa, ahora una opinión burlesca hacia mi persona, encima viste con pantalones, y con ese leve tambaleo. ¿Se habrá dado algún golpe? Definitivamente esta mujer no es ningún peligro.

—¿Cómo que no, tía? —Rocío aprovechó la ocasión para meter algo de cizaña y provocar que su tía, la jueza, cambiase de actitud— Una peligrosa farsante veo delante de mí. Seguro que no viene para quedarse quieta, ya viste los dibujos de mi prima.

—¡Por favor! ¡Aclárense de una vez! ¡Sí! —Beatriz se encontraba muy extraviada con tantas idas y venidas— Ora que si falsa, ora que si policía. Y para colmo, además de buscar una provocación con mi atuendo, va a resultar que voy algo mareada. Yo les mostré mis credenciales y todavía no sé, ni siquiera, cómo se llaman. ¡Identifíquense de una vez por todas!

—Definitivamente estás en lo cierto, querida sobrina. Esta mujer supone una gran amenaza. Primero habrá que llevarla al calabozo para después proceder a juzgarla, pero antes hay que examinarla. Llevadla a ante la doctora.

—¿Qué doctora? ¿Y para qué?

—La doctora Lola Domínguez Escobar —respondió la jueza— ¿Y para qué va a ser? Para que te analice, si te parece normal vestir con pantalón y venir con esa oscilación que tienes no puedes estar muy bien de la azotea. O quien sabe, igual portas una enfermedad incurable.

—¿Incurable? —Preguntó la incrédula y furiosa agente.

—¡Claro, incurable! —Le espetó Rocío— Como estar o ser una atontada. Posiblemente te haya afectado el paseo. O tal vez, ya tuvieras esas neuronas, víctimas de tu naufragio, rumbo a la deriva.

—¡Larga, qué poca gracia tienes! —Dejó caer Beatriz sabedora de que la mejor defensa es un buen ataque, siempre— Espero que tus chistes no sean tan espigados como tú.

—¡Ja, ja, ja! —Rio la alta fémina— ¡Vaya tela con la putita esta!

—¿Cómo coño me llamaste?

—¡Ya está bien! —Guadalupe Cantalejo se enojó al oír el insulto— Tamara Castillo Cantalejo, acompaña a la detenida hasta las dependencias de la doctora Lola Domínguez Escobar.

—De acuerdo, tía. Procedo —la esposó y marcharon mientras la jueza retenía a su otra sobrina.

—¡Rocío Delgado Cantalejo! Ese insulto no vino a cuento. Una cosa es que se le coloque el calificativo de tonta, y otra bien distinta es llamarla puta. ¿Tanto te cuesta mantenerte en tu posición defensiva sin tener que llegar a la ofensa?

—¡Lo siento, tía! —Se disculpaba la altísima mujer— ¡No volverá a ocurrir!

—No lo creo, eres así. Pero al menos, cuando estés delante de mí, y de tu hija, intenta mantener esos modales que tienes. Ella no tiene la culpa de tu desdén —la jueza no habló más a propósito de aquel asunto. Marchó a paso ligero en busca de Tamara y de la presa.

—Mejor por aquí —le señaló su sobrina Rocío mientras seguía amamantando a su bebé—. Mi prima tiene la tardía costumbre de dar un rodeo para enseñar la finca a las visitas, además del camino y el pueblo. Tardarán un buen rato en llegar hasta la casa de la doctora —Rocío sabía bien de lo que hablaba; a su prima le encantaban las curvas y siluetas, así que las seguía hasta para caminar. Jamás le gustó lo de coger el trayecto más corto, pues significaba ser el más recto; cosa que odiaba y la enfurecía.

—Tienes razón, sobrina, bajemos por donde dices.

—¡Bien! Así podremos pararnos a tomar unos cafés —pronunció Rocío a la par que se maqueaba el flequillo. Y mientras bajaban por el lado más corto, como cuando sopla el viento de poniente, Rocío intuyó que Guadalupe Cantalejo no dejaba de darle vueltas a aquel vendaval que minutos antes trajo a Beatriz—. ¿En qué piensas, tía?

—En averiguar cuál sería el motivo, o necesidad, de que llegase a Penrose una inspectora o similar. Nos dijo su profesión...

Seguían camino al pueblo para la cita con la doctora, y después de haber mantenido el encuentro con la extraña vecina que llegó en el viejo auto, hablaba de lo que su mente le contaba

—¿Una policía? Resulta confuso, cada vez que alguien llega a este pequeño pueblo, y lo hace mediante el mismo y antiguo descapotable, es por un asunto que acontecerá, pero qué será; ¿un crimen? —Rocío le prestaba atención. Ambas parecían intentar atar los cabos de aquella nueva llegada.

—¡Lástima el no haber podido utilizar la pistola! Hubiera podido terminar con la vida del indeseable —se quejaba Rocío—. Tranquila, Martina; hija mía, no llores que ya te doy el otro pecho —Guadalupe Cantalejo parecía estar algo nerviosa y aprovechó el momento de distracción de Rocío, mientras esta se dirigía a su bebé, para lanzar un susurro que pasó inadvertido para su sobrina.

—¿Tendrá que ver con las cartas? ¿Es posible que venga a prestarme ayuda? El tiempo dirá. No voy a preocuparme más por algo que podría o no suceder —Rocío apreció el cuchicheo, la observó detenidamente y preguntó.

—Te decía que sí podrías haberla utilizado —mintió la jueza—. Lo que no podías hacer era lo de disparar con ella. Y por eso, querida, te pedí que la tuvieses descargada. Sin embargo, nadie te impidió darle un golpe con el arma al tipo. Eso sí —puntualizaba la jueza—, si lo hubieses hecho, a ver cómo después, cuando el tiempo transcurriese, hubieras defendido tal causa frente a tu hija.

—Tienes razón, tía. Fue mejor no haber hecho nada y dejar que se fuese —se disgustó Rocío—. Todavía me queda la posibilidad de atizar a alguien, espero que llegue ese momento. ¡Si!

La jueza no paraba de dar muestras de preocupación. Rocío apreció el gesto y nuevamente preguntó, al pronto obtuvo la respuesta:

—Planea un nuevo crimen, eso lo tengo claro. ¿Pero por qué envían a una mujer con ropa de hombre? ¿Quién hará de víctima? ¿Y de culpable?

—¿Y quién o quiénes la envían, tía?

—No lo sé. Ese detalle se me escapa...